

MÁS ALLÁ DE LA SOCIALDEMOCRACIA: LO QUE EL CAPITAL ES, Y EN LO QUE EL CAPITALISMO SE HA CONVERTIDO

TONY SMITH

TRADUCCIÓN A CARGO DE MARIO AGUIRIANO

Los términos más importantes de la teoría social son profundamente ambiguos. “Socialdemocracia” y “socialismo” no son una excepción. En el sentido en que los usaré aquí se refieren a marcos teóricos y proyectos políticos definidos en torno a cuatro puntos centrales. En los tres primeros existe un consenso relativamente amplio entre los defensores de ambas posturas, pero no así en el cuarto.

227. Smith, A.; *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Oxford: Clarendon Press, 1976, p. 155.

Tanto socialdemócratas como socialistas concuerdan en que el capitalismo moderno ha impulsado en cierta medida el florecimiento humano. Los avances científicos y tecnológicos han extendido la esperanza de vida; la igualdad y la libertad ante la ley han sustituido a las distinciones de estatus y los privilegios arbitrarios del feudalismo. Pero ambos insisten también en que el florecimiento humano en la época capitalista es notablemente limitado y precario. Los recursos productivos son utilizados para el beneficio privado en lugar de para la satisfacción de necesidades. La igualdad y libertad meramente legales han sido acompañadas por vastas desigualdades de poder y capacidad de acceso a las precondiciones materiales del bienestar. El tercer punto de acuerdo se sigue inmediatamente de los anteriores: hay un imperativo práctico de construir un mundo social que impulse el florecimiento humano más allá de lo que el capitalismo contemporáneo permite.

Sin embargo, el abismo entre socialistas y socialdemócratas persiste a pesar de su acuerdo general sobre estos puntos. Los defensores de la socialdemocracia sostienen que los defectos de las sociedades capitalistas contemporáneas pueden ser remediados. Para los socialistas, por el contrario, estos defectos son intrínsecos al capitalismo.

El “padre” de la economía moderna, Adam Smith, veía la tesis de que “el consumo es el único fin y propósito de toda producción” como “tan perfectamente autoevidente que sería absurdo tratar de probarlo”²²⁷. La visión estándar de la economía capitalista, compartida por los socialdemócratas, es que al menos en principio esta es capaz de cumplir este fin y propósito mejor que cualquier alternativa disponible. Un sistema de competencia mercantil donde los inversores tienen libertad para invertir y los consumidores libertad para decidir lo que quieren comprar tiende a premiar a aquellos que produzcan mejores productos a menor coste. En otras palabras, en las sociedades de mercado capitalistas existe un poderoso incentivo para la innovación —tanto en los productos finales como en el del propio proceso productivo— que tiende a

dar lugar a la producción de bienes y servicios asequibles que satisfacen eficazmente los deseos y necesidades humanas²²⁸. Los socialdemócratas aceptan esta tesis.

Como hemos señalado, también reconocen la otra parte de la historia: los mercados capitalistas pueden aplastar la libertad y socavar el bienestar. Pero desde su perspectiva el punto central a tener en cuenta es que los mercados siempre están inscritos en una sociedad concreta. Su modo de funcionamiento depende de las condiciones generales de cualquier contexto histórico, y estas condiciones pueden ser transformadas a través de la acción política. Así, los defensores de la socialdemocracia concluyen que los defectos del capitalismo contemporáneo pueden ser superados con la creación de marcos regulatorios adecuados y unas políticas públicas efectivas. Las propuestas socialdemócratas orientadas a este objetivo incluyen el derecho de los trabajadores a la co-determinación, una renta mínima de ingresos, políticas fiscales y monetarias de pleno empleo, reparaciones para las injusticias pasadas, impuestos sobre la riqueza, regulaciones financieras y desincentivación de las burbujas especulativas, políticas de medio ambiente que reflejen la urgencia de abandonar los combustibles fósiles y una vigorosa legislación antimonopolios.

Los socialistas apoyan las luchas por mejorar las condiciones de vida que el capitalismo ataca aquí y ahora. Pero desde su (nuestra) perspectiva, algunas de las propuestas socialdemócratas son simplemente incompatibles con las relaciones sociales capitalistas, mientras que otras pueden como máximo mejorar mínimamente las condiciones de algunos grupos en ciertos lugares, siendo sin embargo incapaces de generalizarse a lo largo y ancho del sistema capitalista mundial. Para los socialistas, el imperativo de impulsar el florecimiento humano es el imperativo de alcanzar un nuevo estadio en la historia mundial, superando la era capitalista.

228. Baumol, W.; *The Free-Market Innovation Machine: Analyzing the Growth Miracle of Capitalism*, Princeton: Princeton University Press, 2003.

229. Expongo este argumento de forma mucho más detallada en: Smith, T.; *Beyond Liberal Egalitarianism: Marx and Normative Social Theory in the Twenty First Century*, Leiden: Brill, 2017.

En lo que sigue, me gustaría presentar dos argumentos en defensa del socialismo. El primero apunta a lo que el capital es; el segundo a lo que el capitalismo se ha convertido a día de hoy.

El primer argumento está basado en *El Capital* de Marx²²⁹, que comienza con el análisis de lo que podría llamarse la *socialidad disociada* de la producción generalizada de mercancías y su intercambio: la producción es privada, en completa ausencia de coordinación social entre unidades productivas o entre estas y quienes adquirirán sus productos. Esta forma de socialidad no es “natural” o siquiera “normal”. Es, de hecho, de lo más insólita, y completamente específica a las sociedades de mercado capitalistas.

Las diferentes unidades productivas deben hacer de la venta a cambio de dinero su fin último a menos que quieran ver desperdiciadas sus inversiones. Esta compulsión es reforzada por el hecho de que los bienes necesarios para la producción toman generalmente la forma de mercancías bajo la propiedad de otras unidades capitalistas. Si las unidades productivas aspiran a seguir operando, deben obtener un rédito monetario para poder seguir comprando aquello que requerirán para la producción futura. Y dadas las presiones competitivas a las que las unidades de producción y distribución se enfrentan en las sociedades de mercado, estas unidades deben luchar por conseguir réditos monetarios que excedan su inversión inicial. Si comienzan un nuevo proceso productivo con una inversión significativamente más baja que sus competidores, estos últimos serán más capaces de expandir la producción, invertir en medios de producción técnicamente más avanzados, incrementar los gastos en publicidad, desarrollar productos nuevos y más prometedores, responder a las nuevas oportunidades de negocio, soportar las fluctuaciones inesperadas en el mercado, atraer inversores, retener a directivos y trabajadores fundamentales y un largo etcétera.

De ello se sigue que aquellas unidades de producción y distribución que no dirijan sistemáticamente sus esfuerzos a la apropiación de réditos monetarios (M') que excedan la inversión inicial (M) tenderán a ser empujadas a los márgenes de la vida social, o incluso a extinguirse por completo. Deben, por lo tanto, subordinar todo fin a la búsqueda de réditos monetarios. La conclusión de Marx en su análisis de las unidades de producción y distribución es inequívoca: “Nunca, pues, debe considerarse el valor de uso como fin directo del capitalista. Tampoco la ganancia aislada, sino el movimiento infatigable de la obtención de ganancias”²³⁰.

230. Marx, K.; *Capital*, Volume I, New York: Penguin, 1976, p. 254.

En las sociedades de mercado capitalistas, los bienes y servicios producidos por los agentes sociales deben también generalmente tomar la forma de mercancías bajo la propiedad de unidades capitalistas. Estos agentes deben, por lo tanto, adquirir el dinero con el que comprarlas. Esto requiere generalmente de alguna forma de relación con esas empresas capitalistas cuyo objetivo es “el movimiento infatigable de la obtención de ganancias”, desde trabajar a cambio de un salario hasta apropiarse de “ganancias sobre el capital” a través de la inversión. Y una vez los ingresos han sido gastados y las mercancías consumidas, los agentes deben adquirir nuevos ingresos para poder acceder a mercancías en el futuro, renovando su relación con las unidades productivas cuyo objetivo es “la infatigable obtención de ganancias”.

Las mercancías tienen valor en el sentido que importa al capitalismo moderno solo si satisfacen una necesidad de un agente con capacidad de adquirirlas. (En los términos de Marx, si no tienen valor de uso no tienen valor). Pero desde la perspectiva de Marx la afirmación de Smith según la cual el “objetivo y fin” de la economía capitalista es crear bienes y servicios para el consumo no es en absoluto autoevidente. Es, de hecho, falsa. El fin y objetivo dominante de la producción capitalista es la valorización, la transformación de un valor monetario M en un valor monetario mayor, M' .

La M' que culmina una secuencia es la base para una nueva y mayor M en el siguiente ciclo productivo, y las mismas presiones competitivas que generan el impulso para M' darán lugar en el siguiente periodo a una M'' aun mayor, y después M''' , M'''' y así sucesivamente. Esta expansión incesante dota de substancia el proceso de valorización. Personas, grupos y comunidades enteras pueden nacer y morir, mientras que el proceso persiste. El nombre que Marx da a este valor-en-proceso es “capital”.

El capital no es una “cosa” en el sentido en que una silla o una mesa son cosas. No es separable de los agentes sociales y sus prácticas: invertir, producir, vender, consumir, etc. Sin embargo, el capital constituye una región específica en la ontología social. Emerge de una forma de socialidad (disociada) históricamente determinada, pero posee propiedades y tendencias distintivas. Y esta “cosa” no-humana tiene poder real para dar forma al mundo social del que emerge. Marx reconoce que los mercados proveen de un espacio donde diferentes individuos y asociaciones pueden perseguir sus objetivos y buscar satisfacer sus necesidades. Pero esta búsqueda está subordinada a la valorización, al imperativo del capital (“¡ M debe convertirse en M' !”).

Hay una razón por la que Marx llamó a su obra maestra *El Capital* y no *Los Capitalistas*: quienes invierten y se apropian de los beneficios también están subordinados al imperativo de la valorización. Los agentes sociales que persiguen objetivos idénticos a los de la acumulación capitalista como fin en sí mismo (o al menos compatibles con esta) tienden a prosperar. Aquellos cuyos fines sean incompatibles con el propósito último del capital tienden a no hacerlo. Desde este punto de vista, aquellas cosas que importan a los socialdemócratas—el descuido las necesidades sociales que las mercancías no pueden satisfacer; la desatención de las necesidades de aquellos sin un poder adquisitivo suficiente; las enormes disparidades de ingresos y riqueza; la asimetría estructural de poder en mercados y centros de trabajo; la destrucción del medio

ambiente derivada de la necesidad de *Crecer o Morir*, etc.— no pueden verse como el resultado del fracaso a la hora de construir unas condiciones generales apropiadas para la acumulación. Como dice el dicho: *they are features, not bugs*²³¹.

El capital en el sentido principal del término es invisible para los defensores de la socialdemocracia. Una vez se hace visible las limitaciones de su postura quedan automáticamente reveladas. El Estado en una sociedad de mercado capitalista es un estado capitalista. Puede que sus agentes no representen siempre a la clase capitalista, y las regulaciones estatales y políticas públicas determinan a menudo el curso del desarrollo capitalista. Pero también el Estado está subordinado al imperativo de la valorización. Aquellas propuestas que inclinarían decisivamente la balanza de poder entre el trabajo y el capital en favor del primero amenazan gravemente la transformación incesante de M en M' al nivel del conjunto social, por lo que más pronto que tarde las reformas de esta índole tendrán que ser o bien rescindidas o insertarse en un proceso de superación del capitalismo. En este punto, el programa socialdemócrata es abandonado o superado. Las reformas que traten de lidiar con la crisis ecológica se encontrarán también ante esta encrucijada. El objetivo del capitalismo es la acumulación del mayor capital posible de la forma más rápida posible, principalmente a través de la producción y venta del mayor número de mercancías posibles en el menor tiempo posible. Un sistema social caracterizado por ese impulso agotará ineluctablemente los recursos naturales a una velocidad mayor de a la que estos podrían regenerarse, y generará deshechos a una velocidad mayor a la que estos podrían ser procesados por los ecosistemas circundantes. Una vez pasado un cierto punto, los intentos de poner fin a la crisis ecológica deberán o bien dismantelar las estructuras y prácticas que generan esta tendencia o renunciar a su propio proyecto. Lo último supone el abandono del proyecto socialdemócrata; lo primero su superación.

231. N. de T.: Expresión utilizada para referirse a aquello que parece un descuido o error, pero es en realidad intrínseco a la cosa. Se utiliza habitualmente para hacer referencia, por ejemplo, a aquellos aparentes defectos de productos como videojuegos que son en realidad intencionados.

Las reformas solo pueden hacer de las sociedades capitalistas unas sociedades más humanas de forma limitada y precaria. Pero también ha habido formas de esclavitud más humanas que otras, y eso no cambia el hecho de que ninguna forma de esclavitud es aceptable. Y así como existía (y, por desgracia, todavía ha de seguir existiendo) un imperativo teórico y práctico para acabar con la esclavitud disolviendo las relaciones sociales de las que esta surge, existe hoy un imperativo teórico y práctico de disolver las relaciones sociales de las que emerge el capital como poder alienado sobre la sociedad.

Mi segunda crítica de la socialdemocracia se mueve desde esta reflexión más abstracta y general sobre lo que es el capital a un análisis más concreto de las formas en las que el capitalismo contemporáneo difiere de fases pasadas del desarrollo capitalista.

Como hemos visto, el dinamismo innovador del capitalismo es la principal razón esgrimida por los socialdemócratas para defender las sociedades de mercado capitalistas (adecuadamente reformadas). Gracias a los estudios en tecnología sabemos que la innovación sostenida requiere de un extenso sistema nacional de innovación, que incluye centros de investigación (afiliados o no a universidades), laboratorios corporativos de I+D, asociaciones profesionales, congresos, etcétera. El sistema educativo deberá también producir un amplio número de trabajadores cognitivos capacitados para desenvolverse en diferentes actividades de innovación, desde científicos que operarían en la primera línea de producción del conocimiento científico-tecnológico a trabajadores manuales capaces de producir y utilizar maquinaria avanzada. Además de estos conocimientos generales habrán de proveerse entrenamientos especializados, y existir directivos graduados en escuelas de negocios capaces de supervisar el desarrollo del proyecto, facultades de derecho que produzcan ejércitos de abogados especializados en derechos de propiedad intelectual, contratos entre compañías de alta tecnología

y un largo etcétera. Los fondos de capital de riesgo son necesarios para dar apoyo a las *start-ups* de alta tecnología, y los bancos han de proveer préstamos para sostener la compra de sistemas de maquinaria tecnológicamente avanzados. Esta lista podría extenderse fácilmente²³². Y ninguna de estas cosas es barata.

Solo un puñado de regiones del mercado global han podido permitirse crear un sistema de innovación relativamente efectivo. En 2020 solo 17 países (de 193) dedicaron el 2% o más de su PIB a investigación y desarrollo, y solo 9 más de un 3%²³³. Los EEUU, China, Japón, Alemania, Corea del Sur, Francia, India y el Reino Unido juntos agrupan en torno al 75% de los gastos globales en I+D²³⁴. Sin embargo, gracias al apoyo estadounidense a sus aliados importantes durante la Guerra Fría y la racionalidad estratégica de las élites chinas existen a día de hoy sistemas nacionales de innovación más efectivos que en ningún periodo histórico anterior²³⁵.

Casi todos los teóricos del capitalismo asumen que el dinamismo tecnológico y el dinamismo económico están fuertemente correlacionados. Y de hecho este ha sido el caso en periodos de desarrollo capitalista pasados. Si la competencia capitalista es competencia por producir los productos que los consumidores desean de la forma más eficiente posible, y si los sistemas nacionales de innovación nos proveen de un torrente más o menos constante de innovaciones comercializables que darían lugar a mejores productos y formas más eficaces de producirlos: ¿cómo puede ser que la proliferación relativa de sistemas nacionales de innovación no suponga un desarrollo positivo para el capitalismo?

El razonamiento anterior ignora un aspecto obvio pero escasamente señalado del desarrollo tecnológico bajo el capitalismo: en las sociedades capitalistas lo que importa no es la innovación en sí, sino los beneficios que pueden conseguirse de las ventajas competitivas que la innovación puede garantizar. El hecho de que la proliferación de sistemas nacionales

232. Véase: Nelson, R. (Ed.); National Innovation Systems, Oxford: Oxford University Press, 1993.

233. Véase: OECD 2022, Main Science and Technology Indicators: Highlights.

234. Véase: National Science Board (United States): Science and Engineering Indicators, April 2022, disponible en: <https://nces.nsf.gov/pubs/nsb20225>. El informe señala también cómo los gastos globales en I+D se triplicaron desde los 722.000 millones de dólares en el año 2000 a los 2.153 billones en 2017 (medido en la paridad de poder adquisitivo del dólar a día de hoy).

235. Merece la pena destacar que “El gasto combinado en I+D en estas regiones asiáticas pasó del 25% al 39% del total global entre el año 2000 y el 2019, mientras que el gasto de los EEUU y la UE pasó del 37% al 28% y del 22% al 18%, respectivamente. Estas amplias tendencias en la geografía global del I+D... indican que las posibilidades de un cambio aun mayor en la balanza global siguen siendo grandes (National Science Board [United States], *ibid.*, op. cit.).

236. Perez, C.; *Technological Revolutions and Financial Capital*, Northampton, MA: Edward Elgar, 2002, Capítulo II.

de innovación genere un torrente de innovaciones es importante en términos de valores de uso. Pero la producción de valores de uso no es el objetivo último del capitalismo. La cantidad de beneficios anticipada es lo único relevante a la hora de decidir qué inversiones se harán.

Durante la revolución industrial los capitales británicos gozaron de una inmensa ventaja competitiva sobre los manufactureros de otras regiones; ventaja que conservaron durante décadas. Esta ventaja se mantuvo por un tiempo similar durante la segunda revolución tecnológica, la era del vapor y los ferrocarriles. A finales del siglo XIX los EEUU y Alemania superaron a Reino Unido, gozando durante décadas de ventajas competitivas arraigadas en las nuevas tecnologías del acero, la electricidad y la ingeniería pesada. En la era del petróleo, el automóvil y la producción en masa (el “Fordismo”), los capitales asociados con el sistema nacional de innovación de los EEUU se mantuvieron a la vanguardia del desarrollo científico-tecnológico durante décadas, hasta que capitales de otras regiones pudieron alcanzar un nivel similar²³⁶.

Pero el largo periodo histórico en el que uno (o como máximo dos) sistemas de innovación nacionales poseía ventajas significativas sobre otros por un amplio periodo de tiempo ha llegado inequívocamente a su fin. Como resultado, la franja de tiempo en la que las ventajas competitivas pueden dar lugar a altos beneficios se ha reducido considerablemente.

Dada la proliferación de sistemas nacionales de innovación, los avances científico-tecnológicos en un área del planeta pueden ser duplicados en otros puntos a una velocidad hasta ahora insólita. “Más rápidamente”, claro, no significa “instantáneamente” o “sin coste alguno”. Tampoco implica que todo avance sea efectivamente duplicado. Otros sistemas de innovación podrían decidir no utilizar los recursos requeridos para la ingeniería inversa o el desarrollo de un producto de sustitución. Ciertos avances tecnológicos pueden implicar desafíos prácticos y tecnológicos que harían su duplicación

notablemente más compleja. Factores políticos e ideológicos podrían impedir que los gobiernos movilicen de forma efectiva sus sistemas nacionales de innovación. Sin embargo, a pesar de todas las cualificaciones necesarias, la realidad sigue siendo que el dinamismo innovativo que aquel capitalismo pudiera presentar en su día como su mayor fortaleza se ha acabado convirtiendo en un problema para él.

Cuando la comercialización de innovaciones por parte de los capitales más punteros y el momento en que sus competidores alcanzan su mismo nivel están suficientemente separados en el tiempo, el dinamismo tecnológico y el dinamismo económico están fuertemente relacionados. Pero cuanto más se comprime este tiempo más débil es la correlación. A día de hoy, para cuando una innovación que promete dar lugar a beneficios excepcionales es desarrollada en un punto del globo, los diferentes sistemas nacionales de innovación se movilizan de inmediato, con la esperanza de llevarse una parte del pastel. No todos tendrán éxito. Pero un número suficiente de ellos tiene las posibilidades de éxito suficientes para justificar la afirmación de que existe a día de hoy en el mercado mundial una tendencia sistemática al exceso de capacidad productiva (una sobreacumulación de inversión en capital fijo, en terminología marxiana) en los sectores más tecnológicamente dinámicos; tendencia que emerge con una facilidad mayor que nunca, dando lugar a un declive en la tasa de ganancia. Mientras que la perspectiva de grandes beneficios derivados de la innovación siga decayendo, la tendencia dominante será la de que la inversión en capital industrial y productivo disminuya. *Aunque la cantidad de sistemas nacionales de innovación efectivos en el mercado mundial sea aún relativamente reducida, desde el punto de vista de la valorización (la transformación de M en M') es demasiado grande.*

Las “eras doradas” del capitalismo, caracterizadas por altos niveles de inversión, salarios reales en alza, amplias oportunidades laborales, un crecimiento sostenido y la difusión del bienestar entre amplias capas de la población se han

237. Véase: Arrighi, G.; *The Long Twentieth Century*, New York: Verso y Perez, Carlota 2002, *Technological Revolutions and Financial Capital*, Northampton, MA: Edward Elgar, 1994, Capítulo XII.

238. La tesis de Robert Gordon según la cual el “auge y caída” de los EEUU se debe a la escasez de innovaciones de calado es errónea desde el punto de vista de los valores de uso (¿el Internet y la Inteligencia Artificial no son importantes desde una perspectiva histórico-mundial?) Y se pierde por completo la centralidad del valor en el capitalismo. Véase: Gordon, R.; *The Rise and Fall of American Growth: The U.S. Standard of Living Since the Civil War*. Princeton University Press, Princeton, 2016.

239. Brenner, R.; *The Economics of Global Turbulence*, New York: Verso, 2006.

concentrado siempre en aquellos territorios cuyos capitales gozaron durante décadas de ventajas competitivas en el mercado mundial gracias a la comercialización de una revolución tecnológica en marcha²³⁷. Y a falta de una catástrofe global que destruya todos los sistemas nacionales de innovación menos uno (o quizás dos) mientras que deja este último milagrosamente intacto, ningún grupo de capitales volverá a gozar de esta posición de privilegio. La conclusión es cruda pero inevitable: *no habrá más “eras doradas” de desarrollo capitalista*.

El capital como sistema dinámico ha alcanzado límites históricos, no porque hoy haya poca innovación, sino porque hay demasiada. Existe una tendencia dominante hacia el “estancamiento secular” no porque exista un “exceso de ahorro” en países con superávits comerciales o porque la tasa de innovaciones importantes se haya realentizado²³⁸. La raíz central de esta tendencia es la erosión de las oportunidades para apropiarse de ganancias extraordinarias derivadas de la innovación por largos periodos de tiempo, como resultado de la tendencia dominante hacia las crisis de sobreacumulación, que en el capitalismo contemporáneo emergen más rápido y persisten durante más tiempo incluso en los sectores tecnológicamente más dinámicos²³⁹.

Esta conclusión socava en dos sentidos a la propia socialdemocracia. Mina, por un lado, la plausibilidad del proyecto socialdemócrata, y muestra, por otro, cuánto han subestimado los defensores de tal proyecto la resistencia a la que este se enfrentaría.

La plausibilidad intuitiva de la postura socialdemócrata se sostenía en gran medida sobre la experiencia histórica de “edades doradas” en las que los beneficios del dinamismo innovador y económico se extendieron con una amplitud hasta entonces desconocida. Es posible que la propuesta socialdemócrata en la que más se insiste hoy en día sea la de utilizar el inmenso poder de los bancos centrales (y de la Reserva Federal estadounidense) para crear inmensas cantidades de dine-

ro-crédito *ex nihilo* y así financiar públicamente el desarrollo y uso de las así llamadas “tecnologías verdes”. La expectativa subyacente es que la implementación de una agenda socialdemócrata podría dar lugar a una nueva edad dorada de crecimiento económico inclusivo²⁴⁰.

Supongamos, a modo de argumento, que los sistemas nacionales de innovación fueran movilizados con el propósito de desarrollar tecnologías ecológicamente benignas, entregando a los capitales que las utilizaran y comercializaran generosos subsidios. Esto también tendería a generar serios problemas de sobreacumulación con una velocidad mucho mayor que cualquier revolución tecnológica previa mucho antes de que ninguna “edad dorada” pudiera emerger. En principio, el aumento de la inversión pública podría compensar las bajas tasas de inversión privada. Pero la cantidad de inversión requerida, y la cantidad indeterminada de tiempo por la que esta sería requerida, conllevaría una socialización radical de la inversión. El proyecto socialdemócrata de construir unas condiciones generales que podrían canalizar las inversiones de capital privado hacia vías socialmente responsables tendría que dar lugar al proyecto socialista de dismantelar las relaciones de producción capitalistas.

El fracaso a la hora de comprender las formas en las que el capitalismo se ha transformado lleva también a una fatal subestimación de la implacable tendencia que empuja al capitalismo contemporáneo hacia caminos que los socialdemócratas rechazan con vehemencia. El imperativo de valorización no pierde su fuerza cuando la forma (supuestamente) “sana” de acumulación capitalista basada en la producción de mejores servicios o menor precio es restringida por la proliferación de sistemas nacionales de innovación. ¡M todavía debe ser transformado en M’! Y siempre han existido formas menos “sanas” de efectuar esta transformación. En el periodo actual, estas predominan y seguirán predominando.

240. Las siguientes obras, por ejemplo, se sostienen sobre esta expectativa: a) Kelton, S.; *The Deficit Myth: Modern Monetary Theory and the Birth of the People’s Economy*, New York: Public Affairs, 2020; b) Hockett, R.; *Financing the Green New Deal*, Ithaca: Cornell University Press, 2020; c) Duncan, R.; *The Money Revolution: How to Finance the Next American Century*, Chichester, New York: Wiley, 2022.

Lo que debemos preguntarnos es cómo podrían seguir obteniéndose altas ganancias cuando el tiempo en que sería posible apropiárselas como resultado de las ventajas competitivas derivadas de la innovación tiende a disminuir significativamente. Una de las respuestas es: reduciendo la participación del trabajo en la renta nacional (dicho de forma más cruda: aumentando la tasa de explotación). Esto requiere de una guerra contra el trabajo para extender la jornada laboral, remplazar a los trabajadores altamente cualificados y bien pagados con una maquinaria cada vez más “inteligente”, haciendo cada vez más empleos temporales y a tiempo parcial, invirtiendo en regiones con bajas salarios, combatiendo la sindicación, etc. También sería posible utilizar los poderes coercitivos del Estado para crear monopolios artificiales a través de la concesión de derechos de propiedad intelectual. Una vez estos derechos entran en vigor, algunas unidades capitalistas pueden apropiarse de beneficios extraordinarios por un largo periodo, a pesar de que otros capitales podrían replicar esa innovación con relativa facilidad. La explosión sin precedentes de liquidez a través de la creación de dinero crediticio por los bancos y esa metástasis que llamamos sistema bancario en la sombra, todo ello facilitado por los bancos centrales (especialmente la Reserva Federal, que es *de facto* el banco central mundial) también ha creado una salida hacia adelante para el capital. La creciente liquidez ha hecho posible la absorción de la capacidad productiva —ha permitido, en suma, que la producción privada sea validada como producción (indirectamente) social— en una medida mucho mayor de lo que habría sido posible en otras condiciones. Unidades de capital que habrían sido devaluadas o destruidas han podido continuar operando. Además, la mayor parte de la masiva explosión de dinero crediticio en el sector financiero ha circulado dentro de ese mismo sector, dando lugar a una inflación generalizada de los activos financieros. Esta financiarización ha permitido la creación de burbujas financieras, en la que los precios de los activos financieros acaban por disociarse de cualquier estimación realista de sus posibilidades a largo plazo. Pero mientras sigan existiendo M puede ser transformada

en M', y al menos hasta hoy cuando las burbujas explotan los bancos centrales se han apresurado a restaurar la liquidez del sector financiero.

Podrían mencionarse otros aspectos perniciosos del capitalismo contemporáneo, incluyendo la creciente vigilancia sobre trabajadores y consumidores, el creciente control corporativo de los medios de comunicación, el aumento de la evasión fiscal, y un largo etcétera. Pero el punto central debería estar claro. Es fácil pedir el fin de la guerra contra el trabajo; pedir el fin del poder de los monopolios; y el fin del aprisionamiento de los ciudadanos en la espiral de la deuda; el fin de la avaricia financiera y los rescates gubernamentales. Pero vivimos en un periodo en el que la forma supuestamente "sana" de desarrollo capitalista está mayormente fuera de oferta, y solo formas más evidentemente brutales permiten que la valorización siga su curso. La cruda alternativa que Rosa Luxemburgo pusiera sobre la mesa es entonces inevitable: *socialismo o barbarie*²⁴¹.

241. La tesis de Luxemburgo puede aceptarse sin por ello negar que numerosas formaciones sociales autoproclamadas como paradigmas del "socialismo" han sido ellas mismas ejemplos de barbarie. Sería un error trágico, sin embargo, concluir por ello que el capitalismo debe ser afirmado a pesar de todo dado que ninguna alternativa viable podría ser mejor. Podemos encontrar contribuciones importantes al desarrollo de un modelo de socialismo que podría contar como un genuino avance en la historia global en: a) Devine, P.; 1988, *Democracy and Economic Planning: The Political Economy of a Selfgoverning Society*, Polity Press, 1988; b) Schweickart, D.; *After Capitalism* (second edition), Lanham, MD: Rowman & Littlefield, 2011. Véase también; a) Smith, T.; *Beyond Liberal Egalitarianism: Marx and Normative Social Theory in the Twenty First Century*, Leiden: Brill, 2017, Capítulo XIII; b) Smith, T.; "Socialism Today (... And Tomorrow)," in: *An Inheritance for Our Times: Principles and Politics of Democratic Socialism*, edited by Gregory Smulewicz-Zucker and Michael Thompson, New York: O/R Books, 2020.